



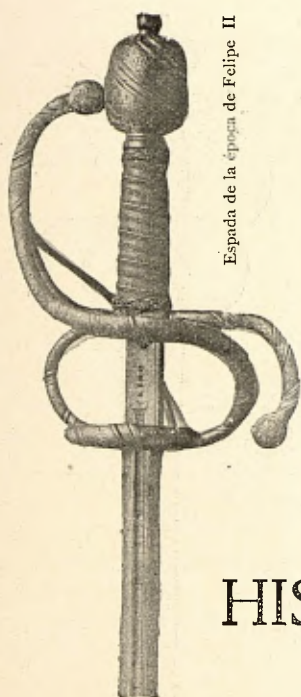
HISPANIA

R. Navarro
18

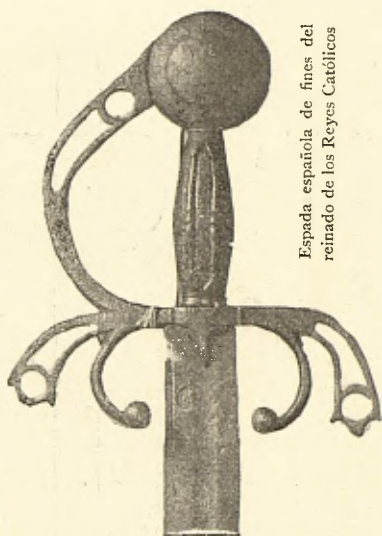


ESPECTÁCULO DE OTOÑO

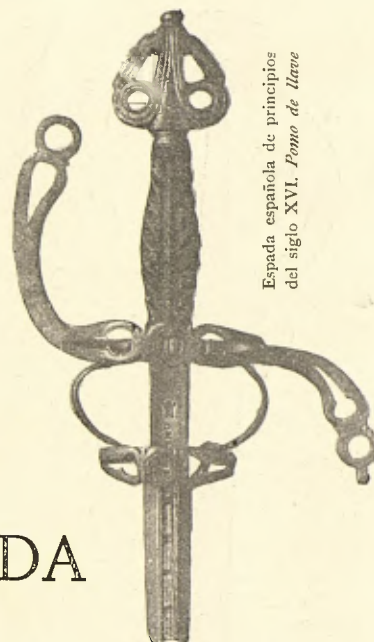
ESTUDIO DE UN JARDIN GRANADINO, POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA.



Espada de la época de Felipe II



Espada española de fines del reinado de los Reyes Católicos



Espada española de principios del siglo XVI. *Pomo de llave*

HISTORIA DE LA ESPADA

PERÍODO DEL RENACIMIENTO

En general la espada, en la Edad Media, significa jefatura, mando, y los plebeyos solo pueden usarla en caso de guerra y con permisos especiales. En tiempo de paz, aunque se tuvieran estos, tenían que tenerla colgada en la pared, sin poder limpiarla ni afilarla. Así dice una crónica francesa hablando del pechero:

Avec lui ait couchée
l'épée enrouillée
avec son vieil escu
a la paroid pendu
lesquels seul peut preindre
pour la terre defendre. (*)

Á medida que el Renacimiento se aproxima, generalizase la espada entre los simples hidalgos, entre los plebeyos que ejercen algún cargo público, y entre la gente de letras y estudiantes, que son ya considerados como nobles. Al llegar al siglo XVI todos la llevan en tiempo de paz, formando como parte integrante del traje de la época. Hasta los simples soldados, y los lacayos, criados y otras gentes de la servidumbre de los nobles, la llevan continuamente en las ciudades. Esto produce una transformación en la espada.

Con la vida de ciudad y armados de ella continuamente, los desafíos y las pendencias son frecuentes. Todos la usan, más que como arma de guerra, como arma de defensa per-

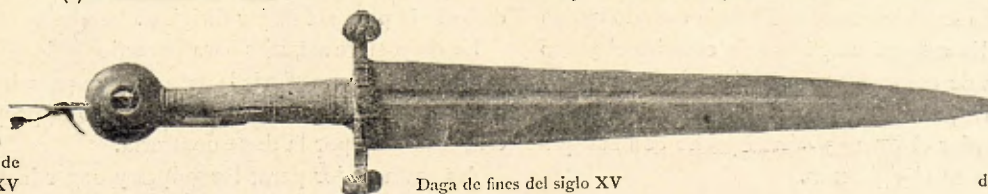
(*) L'outillage du Vilain.

sonal, ó de ataque, arma de duelo ó de reyerta. En consecuencia la esgrima ya no es tan franca como en los siglos medios. El hombre ya no lleva el cuerpo cubierto de hierro. Á lo más protéjese el cuerpo por un colete de ante ó de búfalo. Los italianos inventan á este fin la esgrima de punta—el pinchazo—; por tanto tiene que ser la hoja muy resistente y flexible para que no se rompa; y como el contrario también puede ensartar al que le ataque, se hace la espada desmesuradamente larga. Complicase la esgrima italiana con la española antigua, y sale una esgrima mixta de tajo y punta; y como la mano ya no va protegida por el guantelete de hierro, hay que protegerla complicando la empuñadura de la espada. De aquí la transformación completa de esta.

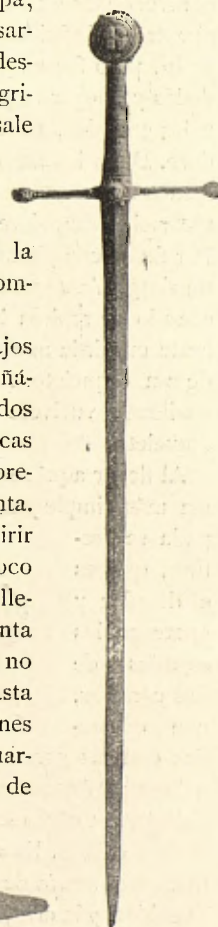
Para guardarse de las puntadas y tajos de la espada de hoja larga y estrecha, añádense á las guardas varias piezas: 1.º dos anillos que rodean dos placas metálicas llamadas guarda y contraguarda, que preservan la mano de los golpes de punta. Estas acostumbran á ahuecarse y adquirir la forma de dos conchas, la una un poco mayor que la otra. Casi siempre están llenas de agujeritos para cojer así la punta de la espada del contrario; esto cuando no tienen canales para hacerla resbalar hasta encallarse en el anillo. 2.º Los gavilanes siempre son dos, debajo la cruz de la guarda, y estos van á fijarse en la parte baja de



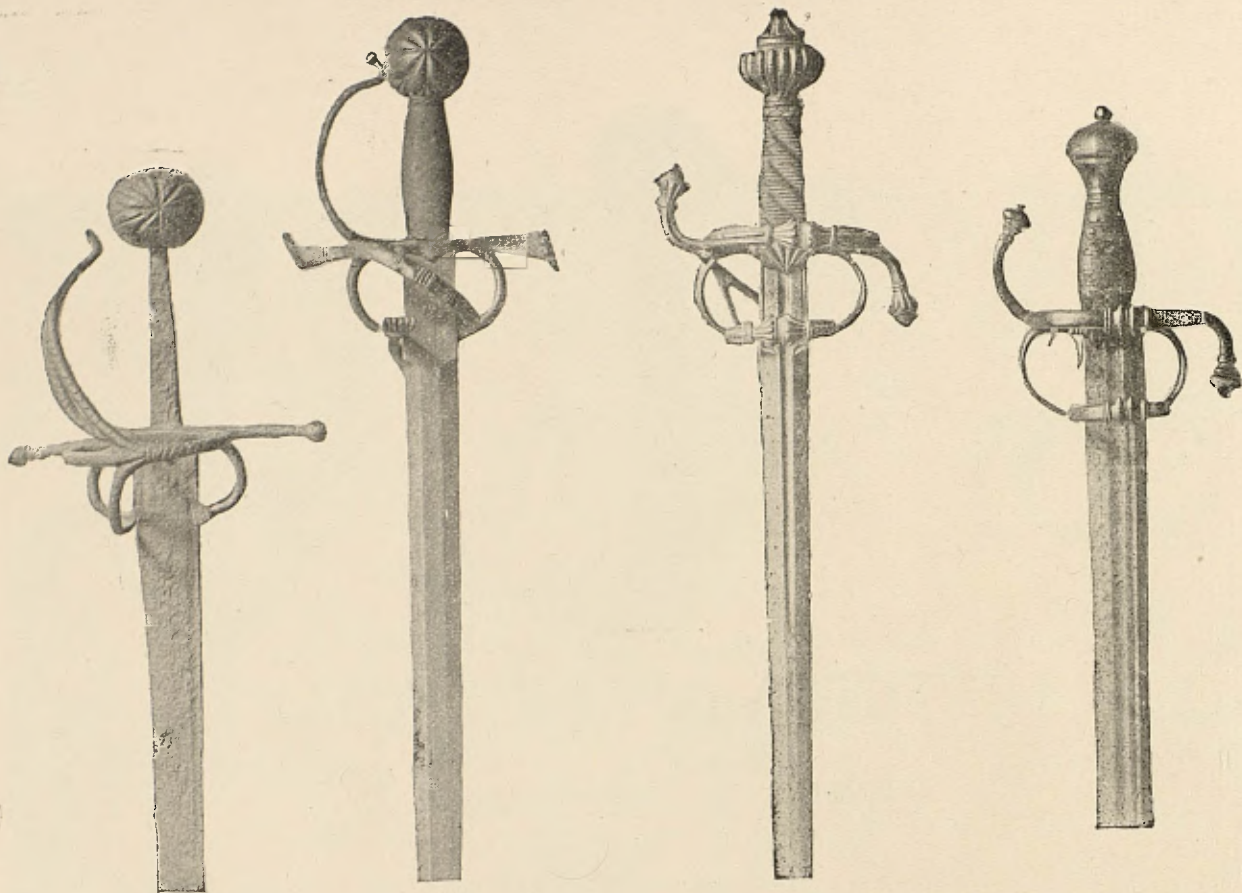
Espada italiana de fines del siglo XV



Daga de fines del siglo XV



Espada española de fines del siglo XV



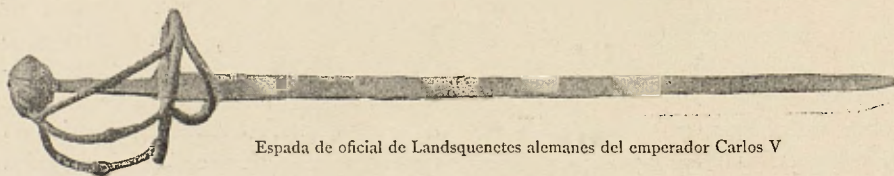
1. Espada catalana de principios del siglo XVI, (encontrada en el Pirineo). — 2. Espada catalana de principios del siglo XVI. — 3. Espada catalana de lazo de influencia italiana del siglo XVI. — 4. Espada catalana de lazo de mediados del siglo XVI.

las conchas, ó se aplican uniéndose á un segundo par de anillos, más bajos y más pequeños que los dos que están al nivel de las guardas. El trozo de hoja que va de la cruz al extremo inferior de los gavilanes, es cuadrangular aplastado, pero fuerte, y se llama *recazo*; sirve para poner los dedos y apoyar mejor así el arma. Los mismos gavilanes y las guardas, se complican levantándose y ramificándose. De la intersección de la cruz con el puño sale por lo menos una rama que, subiendo en forma arqueada hasta tocar el pomo, sirve para garantir los dedos de un tajo. Por fin se complican hasta que el puño de la espada, de un simple *lazo* que era, vuélvese una reja ó un farol, y cuando se repiten los anillos superiores de las conchas hasta cubrir la mano, el puño viene á ser como el tórax de un esqueleto. Así la primitiva espada de cruz y de gavilanes, vuélvese de lazo, de conchas, de farol y de esqueleto.

Al llegar aquí se ve que el puño puede afectar una forma más simple y más adecuada, para el fin á que la es-

pada se destina, que es el desafío; y aparecen las espadas de dos conchas, que enlaza-

das con las guardas en cruz y la que protege los dedos, cubren perfectamente la mano; y las de cazoleta, de taza, ó de *panier*, como se las llamaba en Francia cuando tenían la taza calada. En este nuevo género de espadas el pomo que antes servía de contrapeso, ya no tiene importancia y se achica, y la cruz, al contrario, adelgazándose, se alarga para poder guardar el brazo y aún el pecho con sus quites. Esto pasa ya en el siglo XVII.



Espada de oficial de Landsquenets alemanes del emperador Carlos V

Las gentes de letras, y de carrera usan la espada de barquilla, cuyas guardas son cortas ó retorcidas, protegiendo la mano una lámina de acero que tiene la forma de una barquilla con su vela. Se considera que en estos la espada es solo un símbolo que se les da como importancia, no como defensa. Los soldados y gentes de guerra continúan llevando espadas de lazo, ó las usan de dos conchas muy gruesas que cubran la mano, con las guardas cortas, retorcidas, la de delante hacia arriba y la de atrás hacia abajo para que no embarazen. Y los Suizos y Valones, usan una que solo tiene la guarda de los dedos curva, y dos placas llenas de agujeros, como una escurridera, para proteger la mano. Tal es la espada valona que se usa hasta fines del siglo XVIII. Hay que advertir, que estas espadas de guerra tienen hojas más cortas que las de duelo pero anchas y muy resistentes, de uno ó de dos filos. Las valonas, á veces tienen la hoja algo encorvada de la punta, como un sable.

La espada que se usa continuamente del 1500 al 1700,

úsase casi siempre con la daga, la cual en España se empuña con la mano izquierda, no

como un puñal á la italiana, sino como la actual navaja, la hoja hacia arriba y el dedo pulgar encima del recazo de la hoja para así mejor dirigirla.

La daga sirve así, más para parar los golpes del contrario, y aún para enredarle la espada, que para herirle. Esto acontece en varios casos y solo cuando la propia espada está enredada por la daga contraria.

Así, para mejor parar los golpes y coger la espada ene-

miga, la daga tiene un anillo que al mismo tiempo guarda los dedos, el cual sujeta casi siempre una placa llena de agujeritos que se llama rompepuntas. Las guardas retuércense hacia abajo y ligeramente hacia delante en forma de gavilanes para mejor pillar la hoja del adversario. En el recazo se hace un hoyo para apoyar en firme el pulgar. Esta clase de daga es la que se llama en Francia *Muir gauche*.

Al llegar la espada de taza calada, esta tiene un reborde, en lo general, calado también para coger la punta de la otra espada. Entonces la daga afecta una forma adecuada. Tiene como guarda una gran cruz recta formada por un largo barrote cilíndrico delgado. La hoja es ancha y larga de un solo filo, y con una serreta en el lomo, que se llama rompefilos. De la cruz sube encorvada, en forma de vela latina que hincha el viento, una lámina de acero triangular cuya base está remachada en la propia cruz, cuya punta va hasta enfrente del pomo. Esta vela sirve para proteger la mano. El borde está vuelto y es un rompepuntas análogo al de la espada. Á veces es calado.

El talón de la hoja es muy ancho, y los hay que tienen unas estrellas caladas en la parte superior á la en que se apoya el dedo. Estas sirven para coger la hoja del contrario; si esta, al dar una puntada, llega á meterse

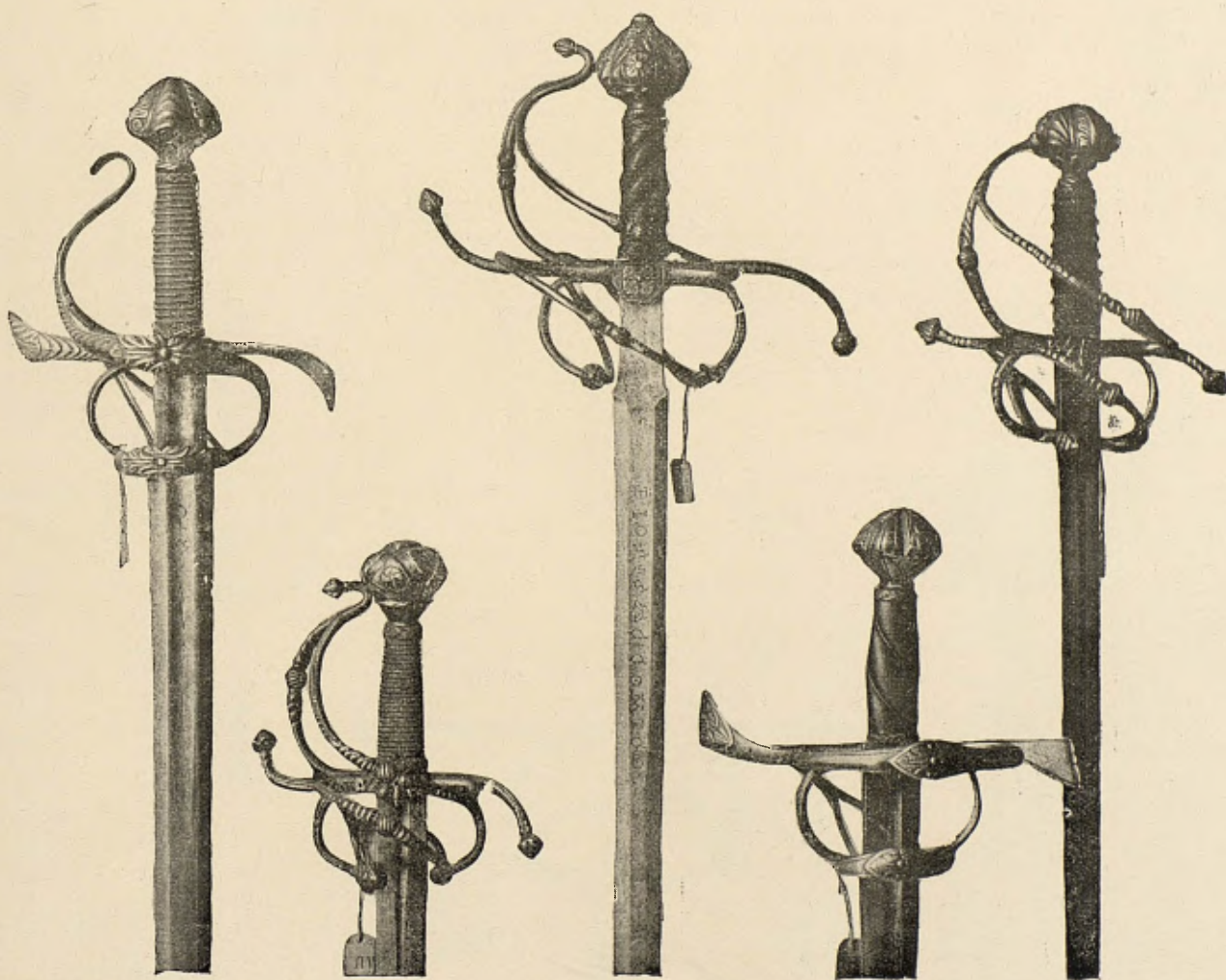
en uno de estos agujeros, el que la lleva queda desarmado.

Llegada aquí, en el siglo xvii la esgrima adquiere tal refinamiento que ya es una verdadera ciencia y un verdadero arte. Hay tal astucia en la esgrima italiana, y tanta valentía en la española, que casi todo desafío termina con la muerte de uno de los combatientes. Y las gentes se desafían casi por nada.

Aquí viene una sabia disposición del cardenal Richelieu á suprimir estas espadas en Francia, de lo cual se origina ya la espada ó espadín moderno, más de aparato que de otra cosa. Hablamos de la supresión del duelo, bajo pena de muerte.

¡El hacha del verdugo separando las espadas de los duelistas! Esto puede parecer cruel, lo ha parecido á Victor Hugo. (*) Pero el duelo en esta época, en Francia como en España, no era en general lo que ha venido á ser más tarde: un remedio heroico para el honor ultrajado, que ninguna otra reparación puede curar. Era una moda, un *esport*, un fanatismo, una epidemia, un delirio; estaba en el medio ambiente. Era el sello del valor personal. Cuanto más frívolo era el pretexto,— que ya no el motivo,— del duelo, cuanto más quimérico, más mérito tenía, más acreditaba de valiente al que lo provocaba.

(*) Véase *Marion Delorme*.



1. Espada francesa de lazo, del siglo XVI.—2. Espada española de lazo, del siglo XVI.—3. Espada española de lazo, de fines del siglo XVI.—4. Espada alemana del siglo XVI.—5. Espada francesa de la época de Enrique III.



Espada de conchas y lazos, de la época de Felipe IV. Damasquinada.

La cuestión era batirse por cualquier cosa. Esto era lo que daba patente de hombre.

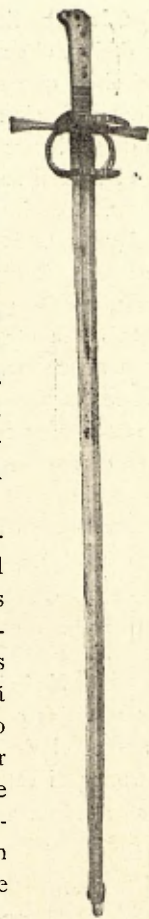
El uno querellaba al primer paseante porque tosiendo le había despertado á su perro que dormía. Los *raffinés* de la Plaza Real, en París, batíanse propósito de todo ó nada, por una apuesta, por una mirada, por el placer de jugarse la vida á cara ó cruz, debajo de una linterna. Diríase que la espada estaba nerviosa en su vaina y les pedía salir para templarse con sangre humana.

Aquello era el duelo elevado á institución, pero el duelo ciego y sordo. Se provocada al azar, se tiraban cuchilladas á ciegas. París de noche parecía uno de estos campos de batalla sobrecojidos de pánico en que todos se matan y se hieren sin saber porque. Había duelista famoso que batía la ciudad de noche, espada en mano como un bandido. Mr. de Bouville después de veinte y dos muertes en duelo, impunes, volvía del destierro, por una apuesta, para matar en pleno día en la Plaza Real á un cualquiera que hiciera los veinte y tres. Cyrano de Bergerac, con su nariz deforme, era objeto de insultos, con el pretexto de provocarle á un desafío y de cortársela. Afortunadamente era bravo y buen tirador, y después de haber muerto á muchos, ya solo le buscaron para apadrinar á los novicios. Esto motivó su célebre frase: «Diríase que en París no hay casas y que en

su suelo ha crecido la yerba, pues haga lo que quiera y vaya donde vaya siempre estoy en el campo.»

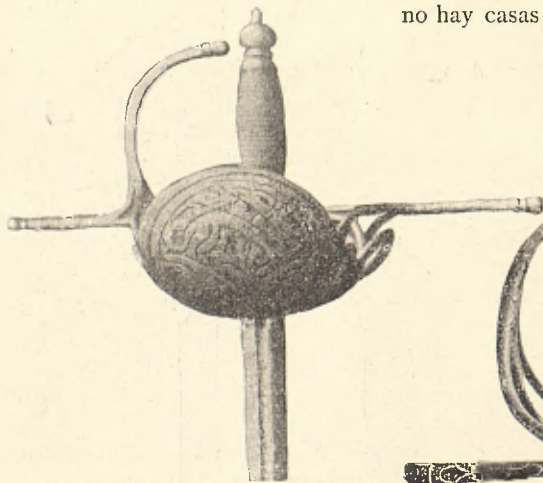
«¡Caballero!» le decía al joven Andrieux un soldadote, al cruzar con la suya su espada: «Vas á ser el décimo de mis muertos.» «Te equivocas» respondió el *Petit-Maitre* pasándole de una estocada, «que tu eres el setenta de mi lista.» Este mismo, según cuenta Tellemont des Rieux, era tan cruel, que á veces desarmaba á su adversario, le ponía la daga en el cuello, y le decía: «*Niega á Dios, y te perdono la vida,*» y luego le degollaba por el placer de matar su cuerpo y su alma de una sola cuchillada.

Habiendo llegado la cosa á este extremo, comprenderase la disposición del gran cardenal de Francia. Unas cuantas cabezas cayeron bajo el hacha del verdugo, y fué asunto concluído. Ya antes había puesto un edicto prohibiendo á los palafreros, criados y gentes que no fueran caballeros ó militares, el llevar espada, pues unos lacayos acababan de matar á un caballero distinguido en pleno día en un *quai* del Sena. Luego fueron los nobles y demás gentes de espada que desarmó bajo pena de la vida. Y á partir de aquí, la espada, que es ya solo un símbolo, decae y cambia de forma, y la moda de Francia se propaga á las demás naciones.

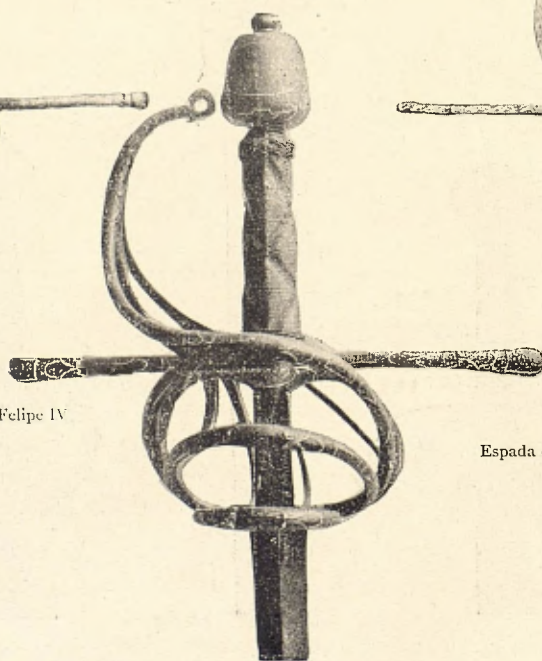


Espada catalana de caza, del 1500. Medio lazo.

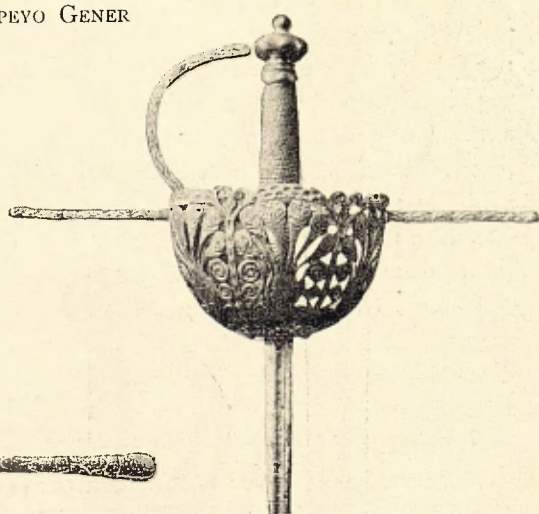
POMPEYO GENER



Espada de dos conchas, de la época de Felipe IV



Espada española de lazo, damasquinada, de principios del XVII. Felipe III



Espada de taza calada, de la época de Felipe IV



J. MIR.—LA CAZA Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



El hermano Antón de Sta. Cruz,

SOLDADO, LEGO Y SACAMUELAS

Á la caída de una tarde del mes de Mayo del año de 1590, atravesaba el puente de barcas que en lo antiguo unía á Sevilla con su gran arrabal de Triana, un sugeto, caballero en un cuartago, de corto y lento paso, bien así como si la fatiga y el cansancio de una larga jornada hubiese agotado en él las pocas fuerzas que, por sus muchos años, le restaban.

Caminaba el caballejo á su talante, sin que el jinete lo inquietase, ni tratara de hacerle aligerar el paso picándole de las espuelas, ni tocando en sus amojamados cuartos traseros con una varilla que llevaba en la mano izquierda, y á

edades y condiciones que iban y venían por el puente, ni en las pesadas carrozas, detrás de cuyas cortinas recataban sus rostros principales damas, acompañadas de bizarros galanes, que cabalgaban á los lados de las puertezuelas, ni en el incesante tráfico de los mercaderes de todas las naciones que acudían á comprar ó á vender á los sitios inmediatos, pues tales animados cuadros y ni aún el más pintoresco que ofrecía el anchuroso río, lleno de naves y de galeones, en cuyos mástiles veíanse flotar los estandartes y banderas de S. M., causaban en aquel hombre el menor movimiento de curiosidad porque, sin duda, hallábanse

primera vista no hubiera sido fácil apreciar cual de los dos era el más cansado, si el hombre ó la cabalgadura, pues colegíase desde luego que ninguno tenía prisa por llegar al término del viaje.

El vientecillo que á la sazón rizaba las ondas del caudaloso Guadalquivir, habíale bajado por completo el embozo de su capa lombarda, que más parecía de estudiante, por lo raída y llevada, que de soldado, profesión que, seguramente, era la del caminante, á juzgar por su traza y por sus hábitos.

Era hombre que frisaría con los cincuenta: enjuto de carnes, de color cetrino, ojos negros y vivos, cejas muy pobladas, grandes mostachos á la tudesca, que casi le escondían la cicatriz de una cuchillada que le cruzaba la mejilla derecha. Sus miembros eran fornidos y bien dispuestos, su estatura alta, su continente todo, de hombre curtido por las lides y por las fatigas de una vida azarosa y aventurera. Vestía un viejo jubón de ante, á la francesa, acuchillado en paño verde oscuro, con pasamanos de seda, que ya del uso dejaban descubierta la trama. Defendía su cuello un gorjal de acero vizcaino, y sus greñescos y calzas, por lo maltrechos y descoloridos, corrían parejas con lo demás del traje, completado por el sombrero de fieltro de enormes alas, el cual, perdido su aderezo, apenas si conservaba su primitiva forma. Pendiente de un ancho tahalí de cuero, veíase un espadín, guarnecido de fuertes lazos.

Cabizbajo y ensimismado en sus pensamientos, no reparaba el caminante en las muchas gentes de todas

sus ojos acostumbrados á contemplar escenas tan pintorescas y animadas como aquellas.

Siguió el soldado su derrotero, y dejando atrás la imponente masa del castillo de Triana, entrose por una arboleda, al cabo de la cual detúvose, por hallarse delante de las puertas de la hospedería del insigne monasterio de la Cartuja.

Descabalgó entonces, y tomando del diestro al caballero, disponíase á entrar, cuando apareció un lego, al cual saludó diciendo:

— Ave María purísima.

— Sin pecado concebida.

— ¿Haríaisme la merced, hermano, de decir al R. P. Prior que un soldado desea entregarle una carta de su hermano el Capitán Calvo.

— Que me place y sereis servido.

Pocos instantes después, interrumpíase el profundo silencio de los claustros, por las fuertes pisadas del soldado y por el sonido metálico de sus espuelas, que cesó de pronto al detenerse ambos á la puerta de la celda del Prior.

Libre la entrada, veíase al R. P. Fr. Agustín Calvo, á la luz de un velón de arofar, sentado delante de su bufete, y teniendo en sus manos un libro de horas, en que rezaba.

Adelantóse el soldado con el sombrero en la mano, y arrodillándose, tomó la diestra del monje, besóla reverentemente, y cuando aquel le hizo señas de que se sentase en un escaño, díjole:

— ¿Traéis una carta de mi hermano?

— Sí, R. Padre. He servido con él en los Países Bajos y en la Lombardía, y cuando le comuniqué mis designios, hízome la merced de darme esta carta para vuestra Pateridad, la cual mejor que yo os revelará mis deseos.

Dicho esto, la sacó de una bolsa de ante que llevaba oculta debajo del cuello, y púsola en manos del monje.

Acercose aquel á la luz, rompió la nema y leyó así:



«Hermano y señor: Antón de Sta. Cruz, soldado de mi compañía, servirá á esta de mensajero. Es hombre de grandes partes, al que mucho conozco, por haber militado conmigo en las más famosas jornadas de esta guerra. De gran valor, fuerte en el resistir y animoso en los peligros. Gran músico de la vihuela y diestro mecánico, podrá acudir con acierto á los menesteres de esta Sta. Casa. Un suceso que le acaeció en esta ciudad de Milán, ha alborotado su conciencia é inquietado su espíritu; y fué que, cortejando á unas damas cierta noche, salieron á su encuentro cuatro borgoñones que le estorbaron el paso, y él, con una daga y un broquelillo, les acometió y de ellos mató á dos con la daga, al tercero lo ahogó entre sus manos, al pie de un retablo muy devoto de la Virgen que hay en la plaza mayor de esta ciudad, é hiciera lo mismo con el cuarto, si no escapara á tiempo. Para

apaciguar las inquietudes de su ánima acude á vuestra Reverencia, y yo holgaría mucho que hallara en vos remedio á su necesidad, que el Señor os lo tomará en descargo, y á mi dareis gran contento. De la ciudad de Milán, &c., &c.»

Larga fué la plática que sostuvieron el prior y el soldado; y como consecuencia de la misma, solo diré que al siguiente día habíase aumentado la comunidad de legos con otro más, que se llamó desde entonces el hermano Antón de Sta. Cruz.

* * *

Los informes que diera al buen Prior su hermano el Capitán Calvo, acerca de las dotes, cualidades y demás circunstancias del valeroso soldado, no fueron, á la verdad, desmentidas por los hechos posteriores, en los cuales tuvo que intervenir.

En varias ocasiones demostró su ingenio y actividad extraordinarios, atendiendo con muy oportunos remedios á impedir que el fiero Guadalquivir desbordado penetrase en el monasterio, y era cosa de ver la presteza con que acudía á cerrar portillos, calafatear puertas, levantar ataguías y malecones y, con sus hábitos sobre las rodillas, colocaba puntales en las ventanas, alzaba robustos contrafuertes en los muros resentidos é improvisaba todo género de oportunas defensas. Temíanle los trabajadores y asustaba á los demás legos puestos á sus órdenes con lo imperativo de sus mandatos, propios de las costumbres soldadescas de toda su vida.

En momentos de angustia y de temor, cuando el espíritu decaía y el desaliento hacía desmayar á los más fuertes, oíase la voz de trueno del hermano Antón que, corriendo de acá para allá, alentaba á los débiles, increpaba á los fuertes y, dando ejemplo á todos, conseguía vencer la impetuosa corriente del río y salvar al monasterio de incalculables daños.

Hasta el Prior mismo, en aquellos críticos momentos, fiando en el hermano Antón, *resignaba el mando* en el formidable lego, dejándole disponer á su talante, y así este ordenaba y resolvía como hubiéralo podido hacer al frente de un tercio de soldados, en el asalto de una plaza.

Pero no paraban aquí sus especiales aptitudes. Diéronle aviso de que cierta noche unos foragidos proponíanse asaltar la clavería en busca de buena suma de ducados que el prior tenía dispuesta para comprar una finca. Aposose en sitio conveniente, sin más arma que una partesana, y llegado que fué el primero, lo dejó muerto de una cuchillada, y al segundo, tomándole en sus brazos, le arrojó de cabeza al campo, por una ventana alta, y allí le recogieron magullado y con una pierna rota.

Era, pues, el buen lego todo un carácter, como hoy dicen algunos, y bien lo demostró con el siguiente hecho, último de su vida.

Fué el caso que, como la fiera naturaleza no distingue de temperamentos ni de condiciones, ni deja alguna vez



tampoco de fatigar á los más fuertes ó robustos mortales, sin duda para demostrarles su insignificancia y pequeñez, ocurriósele jugar una burla, si bien pesada, al hermano Antón, y una noche, al acostarse, lo efectuó ya aquejado por un dolorcillo de muelas, de que al principio no hizo caso. Sin embargo, fué arreciando y creciendo por momentos, de una manera lenta, desconsoladora, que sacó de quicio sus nervios y lo puso al cabo fuera de sí.

No era cosa á aquella hora de salir del monasterio y encaminarse á casa del famoso maestro Agustín, sacamuelas vecino á la Isleta en la calle de las Serpes, cuyo crédito andaba en boca de todos, el cual seguramente le habría extraído el maldecido hueso con gran habilidad, restituyéndole la perdida salud y calmando sus dolores, que más fieros le atormentaban á consecuencia de la singular hinchazón de su mejilla, la cual, juzgándola solamente por el tacto, parecía ya al hermano que la tenía tamaña como una pelota de lombarda.

Salió del duro lecho, y apoyada la mejilla en la mano, atravesaba la celda de un extremo á otro dando grandes zancadas; deteníase á veces para reposar y hería el suelo con sus talones; y vuelta á andar de acá para allá como energúmeno. Otras veces la vehemencia del dolor dejaba escapar de su garganta fuertes resoplidos. Su cabeza parecía que iba á estallar, á abrirse en pedazos...

De pronto, impulsado por una resolución que cruzó por su mente, echose al suelo, y con el brazo derecho extendido, empezó á tientos á buscar algo debajo de su cama. Con efecto, de

aquel sitio hubo de sacar una ballesta, inseparable camarada de su vida militar.

Después, tomando la vihuela, arrancó su cuerda más fuerte, uno de cuyos extremos quedó atado á la condenada muela y el otro del viratón ó lance de la bellesta; dió al torno, puso el lance sobre la canal, disparó y... perdido el conocimiento, cayó al suelo sin sentido, lanzando un grito que hizo temblar la celda, bañado su rostro en sangre.

Del extremo de la cuerda de vihuela, pendía el hueso, pero no solo, sino con un razonable trozo del maxilar inferior.

Acudió la comunidad, espantáronse todos, fué avisado el doctor Agüero, el cual dijo que le administrasen los Santos Óleos, recibíolos con entereza, pidió perdón por señas, pues no pudo articular palabra, y cerrando los ojos voló su espíritu á la eternidad, llorado por los monjes y los legos.

* * *

No creas, lector amigo, que este relato es todo hijo de mi pobre ingenio. El suceso es verídico, si hemos de dar crédito á las *Noticias y casos memorables* que se consignan en un cuadro M. S. de *Efemérides sevillanas* de esta riquísima *Biblioteca Colombina*.

Por creerlo curioso y por creer también que con su relato podría entretenerte algunos instantes, lo escojí por asunto de un artículo. Tú dirás si acerté ó no; y de todas maneras... *Valc.*

J. GESTOSO Y PEREZ



LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMATICO A SU FAMILIA

CARTA SEGUNDA

Estudiando sobre el terreno. — El intérprete Chi-lou. — La lengua china. — Lo que es el pueblo. — Brutalidad de los europeos. — Los «diablos blancos.» — Cortesía y amor al estudio. — Un chino que estudia. — El emperador y sus esposas. — La Casa Imperial. — Los «boxers.» — El príncipe Ch'un. — La inmoralidad en la administración.

A. ROBERTO HARRISSON

EN LONDRES

Mi querido hermano: por mi última carta á Olga, la que supongo que habrás leído, sabrás que ahora te toca el turno de recibir noticias del Celeste Imperio, que te servirán — así lo creo — para tus célebres campañas en la Cámara de los Comunes, las que te llevarán y tal vez muy pronto, — para gloria tuya y del hermano que te escribe, — al honroso puesto de Secretario de las Colonias. Cuando ese día llegue, te podrán ser útiles los datos contenidos en mis epístolas; datos adquiridos sobre el terreno, estudiando las cosas y hablando con gentes de todas las castas y cataduras, desde el mandarín trajeado de seda y con más uñas que un escribano, hasta el *boxer* díscolo que anda descalzo; y desde el *bonzo*, sacerdote de Budha, hasta el soldado que lleva paraguas en vez de fusil. Hombres todos estos muy finos y bien educados, como lo son generalmente los chinos, muchos de los cuales, para contarme sus cosas, me han llevado amablemente á su domicilio y obsequiádome con algún nido de golondrina ó alguna aleta de tiburón, platos de lo más selecto de su cocina y que, por supuesto, no he aceptado, aunque quedando — eso sí — muy agradecido á la fineza.

Para estos estudios tengo yo á mi disposición un libro

abierto, que es Chi-lou, un chino muy ilustrado, que está á mi servicio y que me sirve de intérprete, merced á los *täels* que le doy, y merced, sobre todo, al amor que logró inspirarle Miss Ofelia, la gentil administradora que me traje de ahí. Sin este Chi-lou, que es mi satélite, mi *otro yo*, me sería imposible comunicarme en Pekin con nadie, fuera del barrio europeo, en donde vivo. Pero si yo desconozco en absoluto el idioma horrible de los celestes, en cambio, Chi-lou, que vivió largos años en San Francisco de California, habla el inglés como Dickens.

Uno de los testimonios más irrecusables de la gran antigüedad de la civilización china, es la lengua. Esta lengua es *silábica* y consiste en meras palabras monosílabas, sin declinación ni conjugación. Un mismo grupo de vocales puede ejercer todas las funciones gramaticales; más aun: todavía no se ha llegado, hablando con propiedad, á la formación de las palabras, pues la limitación del significado de las raíces, que es muy estricta, las constituye mediante su unión á otras raíces. Todas las demás lenguas superiores se reducían á esto antiguamente. Al principio solo había raíces y ninguna palabra, y tan solo mediante la unión de raíz con raíz, recibió el pensamiento su expresión. Las leyes de colocación de la lengua china bastan suficientemente, no solo para el trato doméstico y social y para el legislador de sociedades numerosas, sino tam-



Pekin á vista de pájaro



Tipos boxers

La dificultad que tenemos los europeos para aprender la lengua del país, es la causa principal de que aun, al terminar el siglo XIX, se desconozca casi en absoluto la China, Y ¡cuántos errores se divulgan!... Merced á ellos, desdeñamos con desdén olímpico al pueblo bajo, al proletariado infeliz, atribuyéndole las faltas y los vicios de las clases altas, y esto es injusto, muy injusto. Lo menos malo que hay en China es el pueblo. Aquí el pueblo es sobrio, trabajador, dócil y, en materia de religión, tolerante, aunque otra cosa se diga. Y la verdad es que para ser tolerantes con los europeos, han menester los infelices armarse de paciencia. Nosotros hemos abusado aquí de nuestra superioridad. Un europeo, por placer, sale de caza á las afueras de Pekin, y, mal tirador, en vez de herir á un pájaro ó á una bestia, mata á un pobre chino que trabajaba en el campo; y para este hecho no suele haber otro castigo que una indemnización de diez *taëls* á la familia del muerto. Un europeo, cortejando á una doncella del país, va en su seguimiento, y penetra en su casa, y allí, en presencia de los padres y hermanos, *hace lo que quiere*, y ¡ay del que se atreva á protestar!... Un europeo considera la pagoda como morada de placer ó letrina, y escarnece las tradiciones y ofende los sentimientos más caros de los indígenas...

Esta es la verdad, y puedo probarlo. Con nuestro orgullo, con nuestra soberbia cuando hablamos en nuestros periódicos de los indígenas del Asia ó del África, les llamamos bárbaros, salvajes y crueles, volcando sobre ellos el diccionario de los epítetos injuriosos; pero olvidamos, al hacer esto, nuestra inhumana conducta. Nada hay más injusto, más feroz, más insoportable, que un europeo en sus relaciones con los pueblos y razas que él juzga inferiores. Á los chinos — y no es de ahora — les estamos tratando como á perros y no solo aquí, en su propia tierra, sino también en todas las ciudades de Europa y América á donde emigran para trabajar honradamente. Para nosotros — y ellos lo saben y lo soportan — un chino es poco menos que un animal inundo y así le tratamos. Por eso, cuando hablan de los europeos, nos llaman los *diablos blancos*.

Los chinos son un pueblo muy morigerado; la embria-

bién para la expresión poética del amor, y aun para la novela interesante, para los dramas en que se desarrolla alguna acción política y hasta para el filósofo que desea abusar de ella dialécticamente, para levantar sorprendentes edificios del idealismo.

— Tres, que son feas, flacas y sucias.

Y otra cualidad que los distingue es su amor al estudio. Cuando un estudiante chino tiene sobre su pupitre los «cuatro libros clásicos,» aunque la casa se le queme no se levantará de su asiento. En las misiones americanas encontré cierto día á un chino de bastante edad, que estudiaba el método de enseñanza para los ciegos, á fin de graduarse de profesor, y quedé sorprendido de tanta paciencia. No hubiese podido yo tenerla, yo, que, por placer, estudié el sanscrito y traduje en inglés nada menos que el *Mahabharata*.

Por eso te digo una vez más y aunque te sorprenda, Roberto, que aquí lo menos malo es el pueblo. Lo que en China no tiene arreglo y lo que es origen de su mala fama en Europa, es la inmoralidad que viene de arriba. Esta dinastía, que Dios confunda, de los Mandchou ó Tsing, no hay quien la aguante. En nuestra Europa, al padre, cuando fallece ó abdica, sucede el hijo primogénito, y sobre esto no hay cuestión, porque la cosa es muy clara. Aquí no ocurre nada de esto; aquí el bueno del emperador elige á su antojo su sucesor entre los hijos de sus *tres primeras esposas*. Y dirás tu: ¿cómo puede ponerse en claro si tal ó cual niño es

hijo de alguna de las *tres primeras* ó de la cuarta ó la quinta, puesto que de las 75 beldades de pie pequeño que el emperador hospeda en la ciudad Amarilla, todas actúan simultáneamente? Muy sencillo, y te lo explicaré si me prometes no leer á Olga este párrafo... Cuando el emperador desea ser visitado por alguna de sus esposas, escribe el nombre de ella en una ficha, y se la da al eunuco que está de servicio, el cual se la entrega á la mujer elegida.

Inmediatamente la concubina es llevada en palanquín á la



Un chino que estudia



Puerta en la muralla



Retrato del príncipe Ch'un, acompañado de sus servidores

Cámara del «Hijo del cielo» y su nombre es inscripto en un registro especial, con objeto de poner á cubierto los derechos de los hijos que pudieran nacer.

Y como no hay orden de sucesión, y el reinar ó no reinar depende tan solo del capricho del emperador, que también por el capricho del otro, lo es, nace de ahí un hervidero de ambiciones, de despechos, de envidias, de recelos y desconfianzas, que convierten en un infierno la Casa Imperial. Figúrate que hay alrededor de *seis mil* príncipes, que todos se conceptúan con derecho á reinar pero que, forrados de *raïls*, se conforman con conspirar en el «Nenúfar blanco» ó en el Tsai-Ly-Hoel ó «Sociedad de la Verdad», á la que pertenecen los rebeldes que los ingleses hemos bautizado con el nombre de *boxers*. Por un lado conspiran, mientras por otro, para cumplir la ley y aparentar sumisión, proveen de eunucos al emperador, que los paga á unos doscientos *taïls* cada uno (un *taïl* equivale á un franco y veinte céntimos) y el emperador, que colecciona con cuidado sus eunucos, acepta de buen grado el negocio, pero desconfiando, en su interior, del taimado príncipe, al que el mejor día manda que le corten el cuerpo en infinidad de pedacitos, que es la pena de muerte que se aplica en los casos de alta traición, parricidio ó crimen contra la familia imperial.

Yo tengo el alto honor de ser amigo de uno de estos príncipes, el príncipe Ch'un, séptimo hijo del emperador Tao-tchoun y padre del actual. Somos muy amigos. Cuando me encuentra en la calle, desciende con solemnidad de su palanquín y me hace unos saludos que son para descuajarse uno de risa. Junta las manos sobre el pecho como el oficiante católico al dirigirse al ara, pero con los puños cerrados, que agita repetidas veces, al mismo tiempo que inclina la cabeza. Y después de decirme que parezco un viejo (piropo muy fino que aquí se usa) y de preguntarme con mucho interés por mis *honorables dientes*, me ofrece, quitándosela de los labios, su pipa, que, claro está, me excuso de aceptar, diciéndole que no fumo.

Ya puedes figurarte el *buen humor* que tendrá siempre

este chino, que siendo hijo y padre de emperador, no ha reinado él. ¡Ni nuestro príncipe de Gales!... Pero él se consuela con su dinero, con su nutrida colección de chinas y con el placer de retratarse, que es su manía. Hay de él más numerosas fotografías, que de nuestro marqués de Salisbury. Existe una muy curiosa, en la que aparece sentado y con las piernas abiertas, entre cuatro de sus edecanes, que están en pie teniendo cada uno en la mano los objetos de uso común del magnate: esto es, la espada, la pipa, la taza del te y el libro de Confucio.

Estos príncipes, con un grupo de mandarines, son los que dirigen la administración

actual del Imperio. Y ¡qué administración! Vista la cosa desde lejos, parece que hay aquí un régimen despótico-democrático, en el cual tan solo el saber y el mérito personal prevalecen legalmente. No es así en la práctica. La instrucción, el mérito y la moral, empezaron á perder gran parte de su eficacia tan luego como la corrupción de la familia trascendió al Estado, y dada la forma patriarcal de gobierno, que no pone á la autoridad más freno que el deber de *amar paternalmente*, la falta de moralidad en los gobernantes forzosamente había de traer consigo las peores consecuencias y hacerles presa de la venalidad.

Á pesar de la decantada igualdad, que solo existe en teoría, sufre China la tiranía más abyecta de cuantos han oprimido á un pueblo. Se venden en pública almoneda la justicia y los empleos del Estado. Toda la solicitud y vigilancia del mandarín de grado inferior, consisten en extinguir cuanto antes las deudas contraídas con las mandarines de grado superior para comprar su puesto, y en acumular después nuevas riquezas para ocupar muchos satélites, salidos de la hez del pueblo, los cuales sirven en calidad de soldados, polizontes y verdugos. Estos pretorianos pasan el tiempo fumando opio y jugando, y alimentan sus vicios con el producto de la rapiña. Resulta de aquí que el alto poder del virrey está en manos de esta camarilla, la cual se ha multiplicado de tal suerte, que tienen sujeta á toda la sociedad de la China en una red de inmundicia y de bajezas.

Del ejército, de las religiones, del comercio, industria, vida social &c., &c. — y de los amores de Chi-lou — te hablaré otro día, que ya hoy es tarde para ello, y me voy al club. Hasta entonces, pues. Entre tanto, á tus órdenes queda en la ciudad de Pekín, tu afectuoso hermano,

JOHN

Traducción del inglés por A.



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTINEZ DE CAMPOS



M. RUIZ GUERRERO.—PROCESION DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES EN VIZCAYA



J. SOROLLA.—LA COCINA DE LA HUERTA

OS ANTOJOS DE ELVIRA



AS mujeres son, por regla general, muy caprichosas, pero cuando están en estado interesante sus caprichos suelen no tener límites y se denominan antojos.

Antojos que hay que consentir ó satisfacer, so pena de un accidente desagraciado.

¡Cuántos seres van por esos mundos de Dios con una mata de berengenas en la nuca ó con un langostino estereotipado en la nariz! Pues esa mata de berengenas y ese langostino, son signos reveladores de antojos no satisfechos.

Tuve yo un amigo que ostentaba una sarta de chorizos

en la megilla izquierda, y otro que llevaba estampado en la frente un albaricoque, con la particularidad de que, á aquel, al llegar con San Martín la época de la matanza, se le ponían rojos los chorizos como si tuvieran pimentón, y que á éste, al entrar el verano, se le ponía amarillo el albaricoque.

En esto de antojos, los suele haber de todas clases y géneros, desde la pulsera de oro y brillantes expuesta en el escaparate de cualquier joyería, hasta el humilde canastillo de fresa; desde un traje confeccionado por el mejor modisto de París, hasta... una percha de capricho para colgar sombreros. En el deseo de las mujeres todo cabe.

Elvira se había casado con el bueno de don Homobono por cariño, según creo yo; por los cuartos, según el vulgo; pero el vulgo profesa la máxima de *piensa mal y acertarás*, siquiera no acierte en muchas ocasiones.

Al año de su matrimonio, empezó Elvirita á sentirse mal y á tener antojos.

Á Homobono le supo á gloria aquella indisposición de su mujer: los síntomas de la maternidad le hicieron feliz y le predispusieron á perdonar el coscorrón por el bollo.

— Que esta noche quiero ir á la Ópera.

— Pero mujer: si no estamos tan ricos que podamos gastar cincuenta pesetas en dos butacas.

— Pues yo quiero ir.

— Bien, bien: iremos.

— Que se me ha antojado un abrigo de pieles que ví ayer en casa de mi modista.

— ¿Y cuánto quieren por él?

— Ochocientas pesetas.

— Imposible, hija mía.

— Imposible, no, porque tiene puesto el precio en una tarjeta.

— Digo que es imposible hacer ese gasto.

— Bueno; pues nacerá nuestro hijo hecho un oso ó convertido en un felpudo.

Y don Homobono, ante la consideración de que su hijo puede nacer hecho un animal, sacrifica el bolsillo y compra las pieles.

Un día sorprende á su mujer llorando á lágrima viva.

— ¿Qué tienes? — le pregunta.

— Nada.

— ¿Por qué lloras?

— Por nada.

— Eso no es cierto ¿Quién te ha ofendido?

— Nadie.

— Pues entonces, ¿qué quieres? porque tú algo deseas.

Cállase Elvira, pero sigue llorando.

— Vamos, nena: díme lo que quieres.

— No, no te lo digo.

— ¿Es algún capricho?

Nuevo mutismo de Elvira y nuevo llanto.

— ¿Tratas de que me desespere?

— No.

— ¿Por qué no me dices, entonces, lo que deseas?

— Porque te vas á incomodar.

— ¿Es un antojo?

— Sí.

— Bueno; dime lo que sea y te prometo no incomodarme.

— Sí, pero...

— Acaba.

— Que tú no vas á querer.

— Ya sabes que, hasta ahora, he sido esclavo de tus deseos; conque... vamos, tontina: dí que es ello.

Elvira se limita á exhalar un gran suspiro.

— Si no me lo dices, me incomodo.

— Y si te lo digo, también.

— Te juro que no.

— ¿Y me complacerás?

— Si está en lo posible, desde luego: ahora ya no tienes escusa: habla.

— En ese caso... pero te vas á incomodar.
 — ¡ Dale !...
 — Deseo darle un mordisco en la nariz al vecino de enfrente.

Don Homobono, á pesar de su *bonhomie*, da un respingo descomunal.

— ¿ Que quieres darle un mordisco ?...

— Sí; al coracero que vive ahí enfrente.

— ¿ Pero estás en tu juicio ?

Elvira exhala otro suspiro, mayor aún, y empieza á derramar nuevo raudal de lágrimas.

— Pero, ¿ qué van á decir de tí ?

— Yo quiero darle un mordisco.

— ¿ Y qué dirán de mí ?

— Eso no importa: yo quiero...

— Sí, sí: ya se lo que quieres: no hace falta que lo repitas.

Los antojos tienen fuerza incontrastable, y don Homobono, ante la posible contingencia de que su vástago se desgracie ó de que nazca con coraza y casco puestos, condesciende por último, aunque protestando de aquel acto que no quiere presenciar, por dignidad propia.

Elvira se le cuelga del cuello y le cubre el rostro de besos.

Tres días después está Elvirita que no cabe en sí de sa-



tisfacción, y don Homobono de un humor de Satanás, aunque lo disimula.

Y es que los antojos de su mujer empiezan á olerle ya á cuerno quemado.

Y que el coracero se le ha sentado en la boca del estómago.

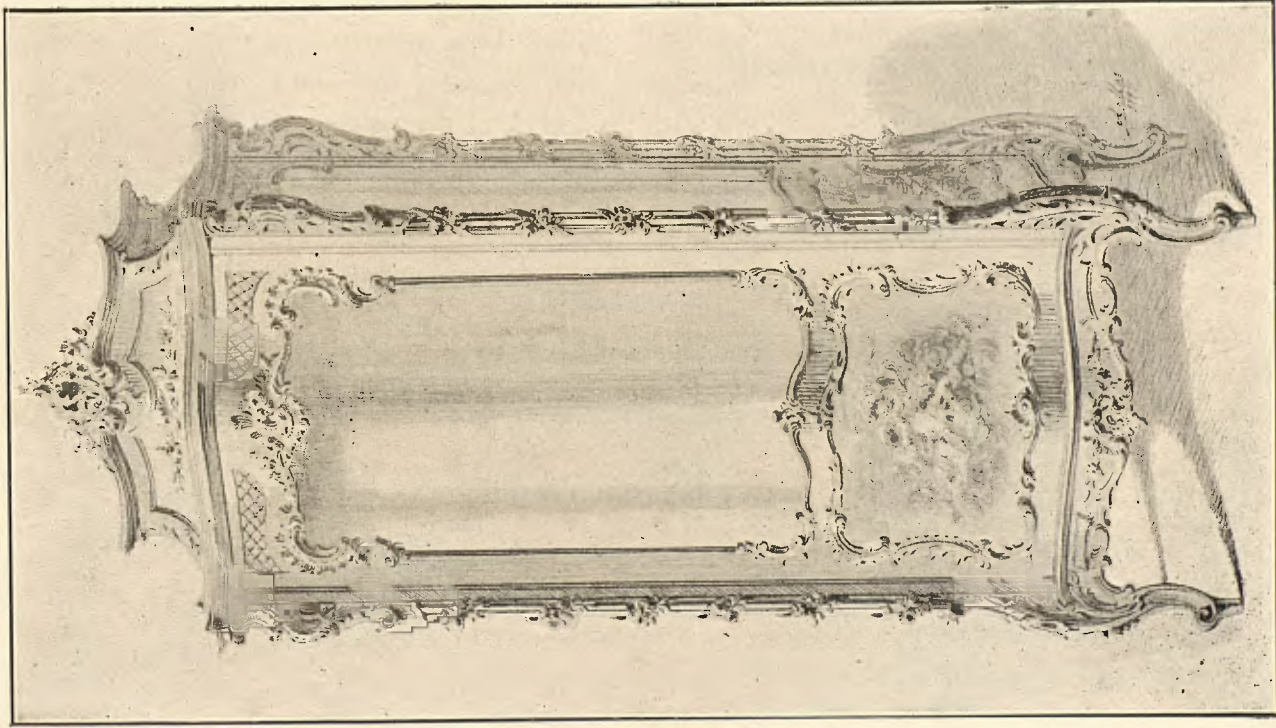
CAMILO MILLÁN



J. M. MARQUÉS.—EL RÍO POR LA MAÑANA

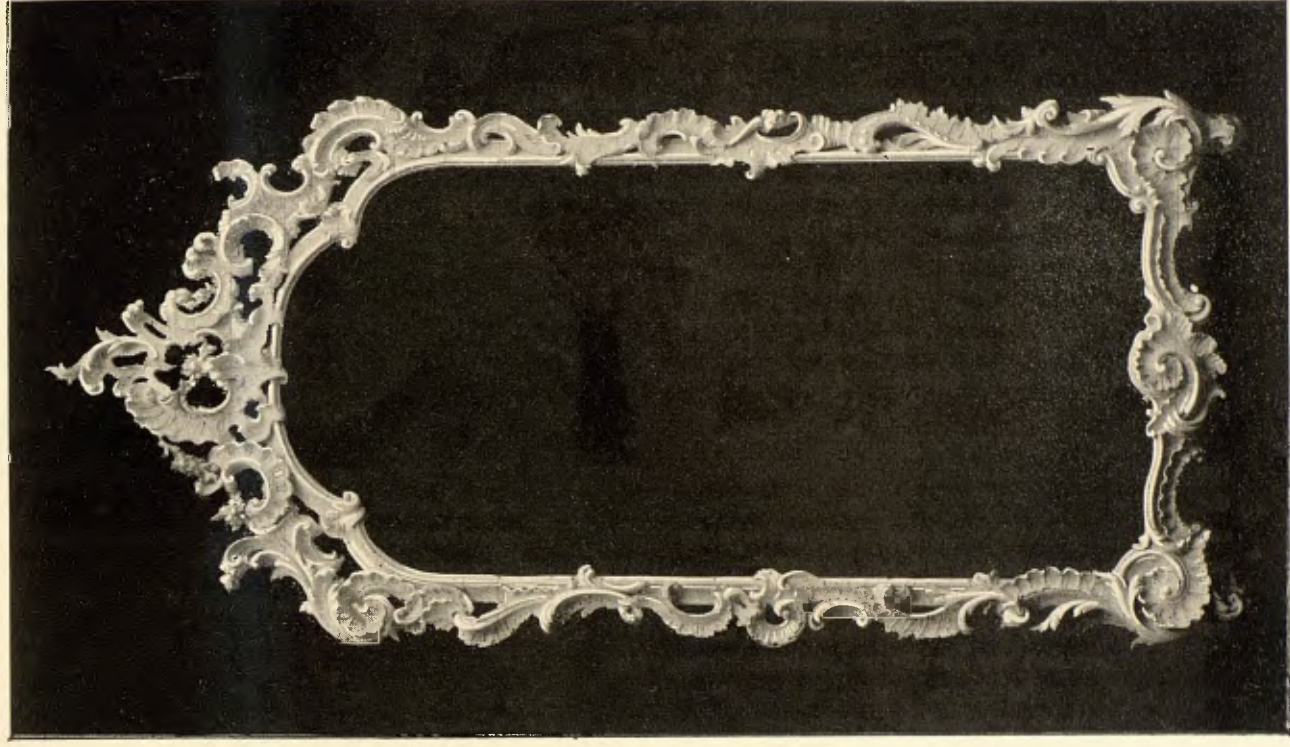
INDUSTRIAS ARTISTICAS DE BARCELONA

MOBILIARIO Y TALLA



VITRINA, ESTILO LUIS XV

Proyecto y escultura de D. Antonio Mas y Badiola



MARCO DE ESPEJO, ESTILO LUIS XV

Proyecto de D. F. Soler y Rovirosa. Escultura de D. A. Mas y Badiola.
Propiedad de D. Isidro Bonsoms

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •

